

34. UN PAR DE DÍAS EN LA BRAÑA: *DORMISE EN GÜERIA OYENDO CANTAR LAS RANAS (primera y segunda jornada)*

- **LUGAR Y HORA DE SALIDA:** Tuíza Riba, sobre las 9 de la mañana.
- **LUGAR Y HORA DE LLEGADA:** al día siguiente, en Tuíza Riba, también (o en Lindes de Quirós), hacia las 8.
- **PARAJES DE INTERÉS:** El Quentu'l Visu, las corras de Foxón, El Forquéu, Valseco, La Cochá'l Trabe, El Chegu, Cheturbio, El Fariñentu, Cua Palacio, El Nacimiintu, Las Cruces...
- **NIVEL DE DIFICULTAD:** medio (hay que dormir en la braña).
- **ÉPOCA RECOMENDADA:** mes de junio, con algunas cabanas pobladas.
- **TIEMPOS:** en realidad, dos días.

• DESCRIPCIÓN DE LA RUTA

una cantimplora, a la espera de algún milagro del tiempo en estos altos.

JORNADA PRIMERA

Son las 9 de la mañana y la niebla envuelve, ciega y fría, los pueblos de Tuíza: se diría que no estamos en verano. *Orvaya. Ta engurrionao y feo pa dir pal puerto, nun sé si abrirá* –nos dice un vecino a la salida–. Estamos por dar la vuelta, a pesar de los buenos presagios del *paisano del tiempo* (que, incluso, llegó a acertar esta vez).

Nos decidió a arriesgarnos el movimiento de la *nublina* en torno a Las Guarizas, y el hecho de que no insistió mucho el vecino tuizano en que diéramos la vuelta. Algunos claros nos dejan entrever fugaces Las Morteras, Cochá Gudín, El Preu l'Albo. Puede ser buena señal.

Tomamos cabizbajos el camino de la fuente (derecha subiendo y al nordeste), dispuestos a cualquier cosa: incluso llenamos

Entre la *piedra toba* y el nombre de los poblados tuizanos

El camino por Las Irías que se abren tras *la canciecha* de La Cueva es ancho y bueno entre las fincas. Pronto tropezamos con restos de *piedra toa* (la *toba*), cada vez más dispersos sobre los *pareones* de las fincas, o bajo las zarzas de los setos.

Y entre la *piedra toba* en algunos salientes de las Irías, recogemos de camino el nombre de *Tuíza* (para algunos, *Tubiza*, todavía). Detenido ahora el tiempo de los sembrados, y transformadas las tierras en *praeras*, quedaron como únicos restos de *toba* (lat. *tōfa*), unos cuantos *muñones* aislados en recuerdo del nombre de estos dos pueblos (antes, *tubizanos*).



Entre los dibujos de los *acebos* sobre La Sapera y las *foices* de Quirós

Por La Chamera y Cebero: la soledad de los nombres bajo las peñas

Abrimos y cerramos portillas, siguiendo el camino todavía anublado al paso por La Chamera y Cebero. Divisamos los últimos arbustos que motivaron también sus nombres: *las chameras* (*Ulmus montana* Wit.), allí mismo junto a la *cuadra*; y los *acebos* (por aquello de, *lugar acebero*), de los que permanecen algunos, sentenciados en su aislamiento por la cima del cordal.

En la soledad del descampado –pensamos– terminarán por quedarse solos La Chamera y Cebero, sin más restos de su arbolado que ambos nombres bajo las peñas.

Tras cerrar la última cancilla de Las Morteras, una *escamplá* entre los vaivenes y caprichos de

la *nublina* nos permite divisar por un momento El Quentu'l Visu (para otros, *Pena Britá*, tal vez por la afición del ganado *cabrío* a refugiarse al *miriu* en la vertiente noroeste, la más fresca de la peña).

Los senderos ascienden dispersos por el canalón de la cabaña buscando directos el paso de la collada (siempre pocos grados al nordeste). Pasado el *veyar de ganao*, entre *regueru* y *regueru*, y en menos de media hora, columbramos la collada en pando del Quentu'l Visu (verdaderamente, divisoria y vistosa).

Y se dividen también las nieblas con la división de los parajes: las primeras *rayás* de sol se mezclan con los ganados de Foxón, El Puerto la Cruz, La Vega la Forcá... El día comienza hoy en El Quentu'l Visu (lat. *vīsu*, 'vista, visión, espectáculo').

El camín de La Caliar: una senda blanquecina entre las nieblas

En la misma dirección más bien nordeste, dejamos la senda que siga horizontal por las camperas del Puerto la Cruz, hacia La Vega la Forcá. Nosotros ascendemos ligeros por otra más estrecha hacia la falda de las calizas. En pocos minutos cruzamos la vaguada de Foxón: todo un despoblado de *cabanas*, reducidas ahora a *murias* entre ortigas.

Seguimos la senda que reluce blanquecina entre las piedras trituradas por los caballos en sus idas y venidas a las brañas. El camino, cada vez más tallado y amplio en la *caliar*, serpentea a su modo sobre la depresión más verde en el Puerto Bovias (abajo, a nuestra derecha, en la cabecera del valle que conduce a Xomezana).

Pasamos la última *cuandía* entre los silencios que imponen los repechos (intercambio de galletas, incluido), y algunas paradas para contemplar los huecos que se van haciendo a codazos entre las ráfagas de niebla. Y, tras un ligero descenso, cambiamos de vaguada hacia Valseco.

Los trabajos comunales en las horas libres de la braña: el *pareón* del Xanzanal, sobre Valverde

Una obra comunitaria llama la vista nada más columbrar la *cuandía*: el *pareón* del *xanzanal*. Se trata de un prolongado muro en

piedra caliza, construido a golpe de maza y de *punteru* por los vaqueros de Xomezana en sus horas más libres por el verano arriba.

El cerco sólido de piedra impide a los ganados, mayores sobre todo, rebasar los pastos del Xanzanal y despeñarse por los precipicios de Valverde: *Malverde* —según otros—, en una interpretación popular que confunde *Valcon Mal-*, tal vez pensando en los peligros de un ‘valle’ siempre goloso y ‘verde’.

En Malverde siguen brillando lozanas, por agosto arriba, las yerbas más frescas del puerto, cuando las praderas del contorno se vuelven amarillentas en la *seronda*. No por casualidad el nombre de *Valverde* hubo de crecer a la falda de *Valseco*. La confusión *m/v* alterna según informante y edades.

Justifica, también, el nombre del Xanzanal la abundante *xanzaina* (‘genciana’) que esparce sus hojas nerviformes por la campera: aquellas raíces tan estimadas por los vecinos de estos pueblos para el estómago, depuración de la sangre, garganta....

La predicción del *tiempu* más certera que nos hacen los vaqueros de Valseco

Seguimos desde El Forquéu, un poco todavía *anublaos*, como el día, por la senda pedregosa, casi labrada en las calizas de Entecuandias. En pocos minutos damos en El Quentu la Cochaína. A medida que vamos saliendo al al-



Escuchando a los vaqueros lenenses y quirosanos del Puerto Güeria

to, se esfuman las nieblas más fonderas, por lo que, al paso ya por El Chegu, divisamos las *cabanas* de Valseco al fondo de la campa.

Las dudas sobre el *tiempu* se nos esfuman con las palabras de los vaqueros: *nun tengáis mieo al tiempu; los cabritos de la nublina, a estas horas altos ya sobre la pena, anuncian cambio* —y tampoco se equivocaron éstos.

Nos aconsejamos, también, de los caminos posibles hasta Güeria, según el día: a la derecha, por Fondos (más llevadero y sereno), propio para los días de mucho calor, o con niebla ciega (el camino está más trillado); a la derecha también, pero luego arriba (hacia Traslacueva, Las Cruces...), especial para los días más *escamplaos*: es una senda muy vistosa y llevadera por el medio de la Peña.

Hoy, con la niebla a vueltas, y el sol más claro cuanto más alto, seguimos la ruta que nos señalan los vaqueros desde las *cabanas*: por el alto La Cochá'l Trabe (izquierda arriba de la braña).

Un trabe en el camino, bajo un nombre aún en verano

Nos decidimos a la izquierda, por la *fastera* que asciende a La Cochá'l Trabe (más bien hacia el oeste). Una subida refrescante para los días como hoy: con la nublina de loma en loma, con la brisa de cara, y con claros suficientes para no desviarse del *senderu*, columbramos en media hora la *cochá* cimera, ya completamente despejada.

Allí sigue, efectivamente, el *trabe para asoleyar* el nombre incluso en pleno verano. Del pequeño

nevero, bastante ya negruzco y con pisadas del ganado que en él se refresca al *miriu*, rezuma abundante agua por la senda abajo.

Y con el *trabe* se alimentan pequeños fontanes que hacen de abrevaderos. Dicen los vaqueros que, con grandes nevadas, *esti último neveru* puede cortar el paso a Güeria durante varios meses al año. Bien lo advierte ya el topónimo.

A las *cabanas* de Corros, bajo Los Tochos

Al ritmo lento que va imponiendo el sol del mediodía, nos dan las doce y pico contemplando desde La Cochá'l Trabe el abanico de calizas y camperas que se abre al otro lado por la vertiente quirosana: Corros, La Cigacha, Pena Rueva...

Repletos de paisajes, descendemos campa abajo (siempre al oeste) hasta las primeras *cabanas*, todavía *de tapinos*: Corros (izquierda del regato, a la falda de los salientes calizos de Los Tochos).

Y bajo las cabañas, a refrescarse en la fuente: manantial muy frío, poco más de cien metros *regueru* abajo, sobre la misma ribera izquierda, donde convergen *en vayo* varios senderos del *ganao*.

En dirección al Chegu, arrimamos poco a poco por la izquierda de la loma, siguiendo cualquiera de las sendas. En pocos minutos ponemos término a la ruta. Allí están las *cabanas de Güeria*, entre la espalda de las calizas y las aguas de un lago, cada año un po-

co más recubierto por sus propias plantas (dicen los vaqueros que antes tenía más agua, y que acabará por secarse).

La hora del bocata, siguiendo las fintas de los *curíos* sobre El Chegu

Son las dos de la tarde, y reconocemos que el día se ha vuelto generoso con nosotros. Nos sentimos pagados con el cuadro de praderas que se cuelgan entre Pena Rueva, La Cigacha, El Fariñentu y Penarpín: vacas que *sestian*; yeguas que *pastian*; potros que *trotian* o se solazan amodorrados a la mayor fuerza del sol.

Pero no se nos había olvidado que es la hora del bocata. Los vaqueros del Chegu (Pablo, Lirsardín, Monse, Ribas...) nos van explicando los pormenores de la braña: Vega Lacosa (con los *hinchentes* y deshielos invernales, en ocasiones más bien *lacustre*, como hoy está *El Mayéu Busdongo* en algunas temporadas).

Y sobre las cabañas, Las Fanas: lugar de pedreros *pindios* y relucientes; más allá, Cua Palacio, La Palazana, El Chaguete, bajo La Becerrera (hondonadas del terreno donde se concentra también el agua en pequeños 'lagos').

Animan el bocata sobre el *puyú* de las *cabanas* media docena de *coríos* (*Anas platyrhynchos*), que trazan fintas sobre el agua, o compiten por parejas en las orillas del lago.

Ponemos fin a sobremesa tan infrecuente, con los juegos de



Y lo mejor de lo mejor: el sabor del *pote* al aire de la *braña* y *al mor* de la *cabana*

unos *robezos* (hoy sobra el tele-diario y la tele) saltando de risco en risco allá más altos (bien nos los acercan los prismáticos casi al alcance de la mano). Y son *robezos* —nos explican los ganaderos—, y no *corcios*, por los cuernos: más curvos y cabrunos, los primeros; más cervunos, los *corcios*.

Entre los dibujos de los *acebos* sobre La Sopera

Sobre las 4, seguimos atentos por la braña las lecciones de los vaqueros. En dirección noroeste, hacia La Vega'l Frencu, nos asomamos de paso a La Sopera: otra extensa campa rodeada de acebales, sobre el río que discurre de Las Fuentes del Nacimiintu, y pasa bajo La Cardosa y Los Cuadros.

Los *acebos* están ahora perfectamente recortados en el tercio

abajo de cada parra: otra obra artesanal de las caballerías que resistieron, también aquí, el invierno (por deseo propio, o de sus dueños, claro). El resultado es toda una línea sinuosa que deja rodeados los pastos de La Sopera, en las proporciones que exige el grosor de cada acebo.

Algunas ramas secas en los picales, y muchas hojas amarillentas y enfermizas, desprendidas sobre el suelo, añaden otras pinceladas menos halagüeñas, en cambio. Nos explican los vaqueros que con la obsesión por penalizar su tala, cada año son más los árboles enfermos:

“Antes, los *acebos* cortábanse *na seruenda* y primavera arriba, *en foxaos pal ganao*; y *retoñaban* en un par de años *muncho más verdes y bravos* —nos explican con detalle. Desde que prohi-

bieron cortalos, podrecen los más vieyos, y acoquecen per dentro los más sanos; secan algunos picales, y de midiu parrota arriba, vese que tan enfermos; nun florecen como antes, tanca vez más amustiaos; y algunos acaban por secar dafecho... Y ye una pena”.

Al mor del fuiibu y al son de las ranas

Cuando va cayendo la tarde en La Vega'l Frencu, desandamos la senda a las cabañas. Y, siguiendo el ejemplo de los brañeros, cada uno y cada una va cargando con algunos tallos secos y dispersos del *peornal*, con los que prender el *fuiibu* y *facen las sopas d'ajo*. Recogimos unos cuantos troncos, abatidos con las nieves del invierno: algunos, por enfermos, pero los más, por viejos.

Después de las *sopas d'ajo* (que nos prepara Monse como para sí quisiera el jefe de cocina del mejor restaurante), prolongamos de nuevo el *filanguiru* hasta que la noche termina por situar cada cosa en la braña: a los sonidos de los ganados, sucede ahora una orquesta que (a juzgar por el jolgorio) parece organizada con miles de ranas.

Con los cantos monocordes de las ranas (o tal vez *xaroncas*) sobre el lago, la noche se fue llevando todas las *pedreras* del año: prisas, sesiones, tensiones, neuras propias y ajenas, políticas y politiquillas, mafias, capillas y mafillitas, capillitas...

Decidimos espolvorearlas todas, una a una, sobre las aguas del lago, para que las convirtieran las ranas en silencios con sus cantos al croar: para que las convirtieran en nada.



La hospitalidad de los vaqueros zureanos y más fonderos, en Güeria

Debieron hacerlo así las ranas. La noche se fue estirando sin tiempo *alreor del fueu*, bajo aquel cielo estrellado fuera de la *cabana*. Sentados en los *puyos* de piedra, contemplamos un buen rato las pequeñas llamas azuladas que rezuma la savia de los *peornos* al arder.

Y con los cantos, con el *fuiibu*, con los dichos, con los chismes de amoríos entre vaqueros y vaqueras siendo mozos en la braña, se fueron durmiendo hasta las aguas, al ritmo marcado por las brasas y por las ranas.

JORNADA SEGUNDA
(OPCIONAL: una parte del grupo pasó la mañana *alreor del pote*, y de las *cabanas*, que bien y-os lo *agracimos a la vuelta*)

Entre las plantas de la xanzaina: el remediu para casi todo en la braña

Tras la noche (lo que quedaba de la noche entre las brasas), se esfumaron con el alba las últimas pinceladas de la niebla, aún colgadas de las peñas. Repuestos con el *almuerzu*, ascendemos hacia Cheturbio por La Palazana (pendiente pronunciada sobre las cabañas).

Por La Palazana arriba, cruzamos entre las numerosas *xanzainas* (gencianas, *Gentiana lutea* L), que se dirían sembradas a granel. La usaban los ganaderos (no más de la *novena*, y sin cargar la mano) para casi todo: estómago, úlceras, garganta, catarros, ganas de comer, diarreas...

Incontables mariposas casi blancas, y muy pequeñas, saltan de la pradera al ritmo que nuestras chirucas van flotando sobre la tupida alfombrilla del pastizal, ya muy abundante en este tiempo, casi sin pisar todavía por los ganados.

Mirando arriba, al fondo, a la derecha, y siempre un poco de re- ojo, se va dibujando la loma cimera del Fariñentu, con los rayos del sol clavados en sus calizas, ya a estas horas más tempranas. Hasta allí hemos de subir a colgar la mañana.

El Fariñentu, con la niebla en sala

La brisa fresca de algunas nieblas difusas, que se debaten en Corrales, nos anima a subir *picu arriba*. Dejamos a un lado (a la derecha) la senda que zigzaguea más bien en travesera hacia el buzón del Fariñentu. Como vamos bien al fresco de la brisa, ascendemos rectos por la estrecha franja de pradera entre crestones de piedra (izquierda subiendo).

En poco más de media hora desde la loma de Corrales, leemos junto al buzón los 2179 m, hoy más livianos. Oteamos a uno y otro lado del crestón calizo, asomados con cautela a los abismos de Cua Palacio y El Infierno (que bien lleva el nombre el precipicio por aquellos canalizos).

Y del Canalón del Infierno abajo, entre El Fariñentu y Xixón, el resto asturiano es una sala: se diría que la nublina fue ascendiendo a

la zaga de nuestros pasos, y una capa uniforme, espumosa y blanca, cubre ahora los valles hasta la altura aproximada de Cheturbio y La Cigacha.

El Fariñentu y el mar, unidos esta mañana

Encaramados como estamos sobre las nubes, se diría que el picacho del Fariñentu se ha convertido, por una mañana, en el cielo quirosano. Y flotando la cumbre sobre tanta espuma, se diría que las olas del cantábrico inundaron por un día los valles asturianos, transformadas en pompas de jabón. Se diría, en fin, que El Fariñentu se unió por unas horas con las mismas olas del mar.

Algunos picos más altos mantienen suspendidos sendos aros de niebla, como anillas lanzadas en cualquier jugo al tanteo sobre burbujas de agua.

Pero el último recinto de nuestra pequeña atalaya del Fariñentu también se va cercando con las nieblas. En pocos minutos hemos de hacer el descenso en *fila, picu abaxo*, por la misma *camperina* lateral (ahora a la derecha), que tan generosa había sido con nosotros en la subida.

El 'lago' que dio nombre a Cheturbio: ciertamente 'revuelto' al miriu del ganado

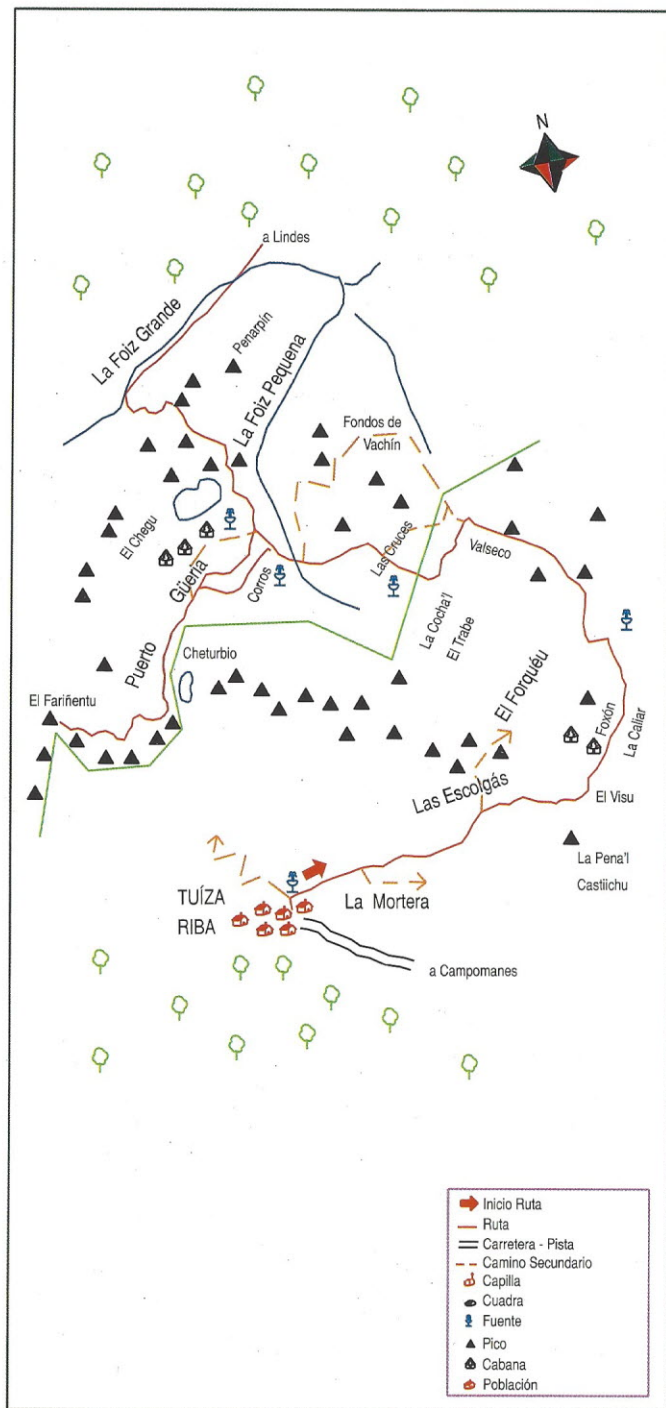
Ya ante las derruidas *cabanas* de Cheturbio, una estampa más nos ofrece la ley de las praderas: un caballo *enteru* separa trabajo-

samente dos yeguas junto al lago: a la izquierda de una yegua *overa* (casi alazana), las hembras propias, con sus potros o sin ellos; a la derecha, otras veinte o treinta, las hembras ajenas. Y no se le despista una al garañón, pues hasta las muerde si hace al caso.

Un poco más altas, revolotean un par de *zapiqueras*: el alimoche (*Neophron percnopterus*), con su plumaje blanco, en el que relucen con el sol ladeado de la tarde los bordes negros de las alas. Suponemos que alguna carnada habrán imaginado, o, tal vez, sigan buscando algunos *niales* ajenos, a los que tan golosamente mal se han acostumbrado estas aves *zapiqueras*.

Entre las leyes de las yeguas y los capichos de las *zapiqueras*, dejamos Cheturbio junto al lago que le dio el nombre: un *chaguete* de escasas dimensiones, cuidado antes por los vaqueros de forma que mantuviera agua hasta el otoño. Del aspecto revuelto que ofrecía con los ganados al sesteo, le quedó el adjetivo *turbio*, aplicado al *Chegu* > *Cheu* > *Che... turbio*.

De nuevo tomamos la dirección del otro lago más fondero en Güeria (al norte y abajo ahora). La niebla sigue siendo generosa, y a medida que descendemos, se enrarece, dejando abundantes espacios a las pujantes *rayás del sol*. Son casi las dos, y el *fumo arraposao*, serpenteando entre los tapinos de las chozas, ofrece pocas ambigüedades al estómago, a estas horas y con estos aires de la



tas horas y con estos aires de la *nublina*.

Y de vuelta por Las Cruces, de nuevo hasta Valseco

Sobre las cuatro de la tarde, dejamos con pena las *cabanas*. La vuelta a Valseco tiene varios caminos: al nordeste, por La Cuan-dia Vachín, sobre Fondos, Traslacueva... (la más corta y frecuentada por los vaqueros); más al este, por el alto las Cruces (la más vistosa, como se dijo para la entrada); y por La Cochá'l Trabe, al surdeste, la más larga y pendiente (por donde bajamos).

Tomamos hoy la dirección del medio. Salimos hacia Corros, primero, y ascendemos, luego, por las suaves camperas en dirección a Las Cruces (siempre buscando el este). Al terminar las camperas, la senda sigue recta, un poco hacia el surdeste. Cruzamos el crestón calizo de la sierra, y cambiamos de ladera.

Más a la derecha (al sur), queda Bus de Caballo (zona muy preferida por estos animales); y Bus de Buey (pasto de los bueyes). Y desde el alto de Las Cruces contemplamos también el nombre: una cima divisoria entre las vertientes lenenses y quirosanas (hoy, los pastos de ambos lados, los usan los de Lena, por un intercambio con otros del Aramo).

Desde Las Cruces, seguimos la senda que desciende en travesera por la *caliar* (hacia el surdeste), en dirección a las *cabanas* de Valse-

co. Nos unimos abajo al camino que venía por Fondos, y continuamos, un poco más al sur, a los *mayaos* de las chozas.

La construcción comunal de una *cabana* en la braña

A un lado del camino (derecha bajando) dejamos La Cueva de Valseco: una gruta alargada, todavía llena de aventuras, misterios y algunos malos recuerdos en la memoria de los vaqueros.

Y de nuevo en Valseco, la imprescindible vida comunal, hasta hoy aún no olvidada. Unos cuantos vaqueros se ayudan mutuamente en la construcción de una cabaña: *cantiar* y levantar *los morrillos* para las esquineras, *acarretar agua*, *facer envuelta*, *chabrar los cabrios*... Con ellos aclaramos los detalles y lagunas de la ruta.

Cuando la niebla vuelve a las *cabanas*, retomamos la senda a Tuíza Riba (al este, ahora): pasamos junto al pequeño lago, cruzamos las pedreras de Entecundías, la vaguada del Forquéu, La Cuan-dia, la senda *caniecha* de La Caliar, las *murias* de Foxón, El Quentu'l Visu, Las Morteras... Y, por fin, la *canciecha* que abre a Tuíza Riba.

O con la vuelta quirosana por Lindes (Tsindes)

La otra opción desde Güeria es bajar por La Foiz Grande al poblado de Lindes (hora y media, despacio).



La noche en las *cabanas* de Güeria, al *mor* de las brasas

La senda de los quirosanos bordea El Chegu por la derecha, atraviesa bajo Lacosa, pasa sobre El Mayéu Busdongo, voltea los acebales de La Sapera, y emboca la garganta de La Foiz Grande (izquierda de Penarpín). La Foiz Pequeña (la de la derecha) no tiene salida hacia abajo, con los últimos *argaxos*.

El camino, cada vez más amplio, desciende paralelo al río por la *foiz*, hasta que lo cruza definiti-

vamente a la izquierda. Ascende un tramo hacia Manín, y en casi media hora da entre las casas de Lindes.

Antes de la subida a Manín, se desvía otra senda a los altos de Zurea, por Campizo, Faya Cavorna, El Truncu... Es la senda de los vaqueros de Lena, también muy vistosa y buena de llevar, aunque un poco larga según el destino en cada pueblo.

35. UBIÑA LA GRANDE: MIRANDO AL MAR DESDE LAS CIMAS LENENSES

- **LUGAR Y HORA DE SALIDA:** portillas del Alto'l Palo, a las 9'30.
- **LUGAR Y HORA DE LLEGADA:** portillas del Alto'l Palo, sobre las 7.
- **PARAJES DE INTERÉS:** Penevera, Candioches, Retuerto, Alto'l Ronzón, Ubiña la Grande, La Fuente'l Pastor, Las Rubias, Los Ochoenes...
- **NIVEL DE DIFICULTAD:** alto, por los pendientes senderos pedregosos a Ubiña. Siguiendo las sendas, en días sin niebla, no hay problema alguno.
- **ÉPOCA RECOMENDADA:** pleno verano, con las horas más estiradas. Algunos días muy claros hasta se puede ver el mar.
- **TIEMPOS:** la ruta se estira lo que se quiera; en realidad, se hace completa en unas 5 horas.

• DESCRIPCIÓN DE LA RUTA

Partimos del Alto'l Palo (ante las portillas del Puerto Pinos). A la izquierda, al nordeste, ya contemplamos en otras rutas Pena Tolóbriga: saliente rocoso sobre Acebos, con resonancia en los documentos medievales (*sub portu Tilobrica, secus flumen Orna*).

El topónimo *Tolóbriga* estuvo semioculto, por mucho tiempo, bajo el nombre evolucionado de Tolondra. Sólo algunos lugareños más avezados con los entresijos de las peñas recuerdan hoy el nombre original.

Por la senda a Ubiña, más suave, vistosa y llevadera

Sin entrar ahora en el Puerto Pinos, volvemos unos quinientos metros carretera abajo por la falda de Penevera: una peña que, por la cara norte, en años de nieve, conserva los neveros hasta casi la entrada del verano (según la época,

podremos comprobar a tiempo el nombre).

En unos minutos (6-8) arrimamos a la izquierda, por la senda bien marcada del Picón, hacia La Viguichina y Candioches: dos camperas, muy vistosas, y completamente llanas, que se abren tras la subida un tanto empinada.

Esta es la ruta a Ubiña que puede resultar más llevadera, en días de calor, sobre todo: desde Candioches, vamos casi en llano hasta la misma base (por El Meicín, hay que subir bastante más, aunque sea en menos tiempo).

Mientras saboreamos despacio el frescor de la *oreganina*, fuerte en estos suelos *furrumientos*, columbramos en pocos minutos La Viguichina (primera parte de la vega), y todo el extenso paraje que se abre más allá: Candiches, Ubiña (*Ubina*, para los lugareños) la Grande y La Pequeña, Las Rubias, Cerreo... Merece la pena el rodeo.

El vuelo inmóvil del alimoche: la palomiecha

Recogida de nuevo la vista, ya casi extraviada en el cielo castellano, observamos arriba a nuestra izquierda, sobre el mismo picacho de Penevera, una *palomiecha*: el alimoche (*Neophron percnopterus*). Como el propio nombre científico indica, tiene los bordes de las alas (griego **pterón**) ennegrecidas (gr. **perknós**).

La *palomiecha*, tan *ablancazá* y reluciente como su nombre asturiano indica, y con las líneas negras y brillantes que recoge el tecnicismo, detiene por un buen rato el vuelo, completamente inmóvil sobre las peñas.

Suponemos la *palombiecha* al acecho, o a la espera de que alguno de estos prolíferos ratoncillos, que tan milagrosamente aterrizaron, poco ha, en estas praderas impecables. Tal vez espera que el

mur asome definitivamente las *oreyas*, y sirva para algo más que para destruir pastizales tan frescos y productivos como éstos de Candioches (o de otros muchos en los puertos asturianos).

El Vache Angosto, Las Velongas, Los Ochoenes

A través de la pequeña portilla que comunica los pastos lenenses y las propiedades mieresenses, tomamos la dirección de Ubiña, justo al noroeste (a unos 300°).

Son ahora dos los alimoches que revolotean sobre la vega a pocos metros de nuestras cabezas. Al tiempo que seguimos el vuelo de las *palomiechas*, cruzamos entre algunas charcas y pozas (*jous*), que interrumpen la llanura en forma de embudos naturales.

A nuestra izquierda procede el *camín de La Casa Mieres*, que asciende por El Vache María Angos-



Peña Ubiña la Grande, desde El Picul Fariñentu, con la niebla en *sala*

to (en realidad, 'estrecho'), y por Las Velongas (tal vez, 'vegas' 'largas', o 'vegas' en 'hondonada'). Al final de Candioches, dejamos el abrevadero de Los Ochones.

Aunque pega fuerte el sol, pasamos del *bebederu* (ni bebemos ni rellenamos las cantimploras): observamos que el barcal está revuelto por el agua que sale de una manguera en plástico negro. Unos metros más arriba comprobamos que la goma se abastece directamente de un regato sobre el que también beben, y sestean las vacas, sin más cuidados.

Seguimos por la senda a Los Ochones: pozas sucesivas del terreno, de las que "leemos" el nombre motivado por su forma imaginada de 'ollas', *ochas* que dibuja el suelo entre las calizas.

Bruselares y bruseles: las otras uvas d'espino

Dejamos una reciente pista artificial que bordea la loma de Los Ochones a la derecha (al norte), y seguimos el camino en piedra paralelo al cauce de arroyo, ya, en estos meses, intermitentemente seco.

Nos detenemos a observar unas gruesas *bruselares* al comienzo del desfiladero: nunca habíamos reparado en que los *bruseles* nacientes crecen, en estos altos, sin el estorbo de los pinchos, tan molestos al recogerlos en el otoño, cuando están más apetecibles.

Pero los pinchos los lleva el nombre en el término más cuidado: *Ribes uva-crispa* L; y en el más corriente en los pueblos leo-

neses, sobre todo: *uvas d'espino*. El caso es que *la bruselar* aún no tiene púas. Una vez maduros, *los bruseles*, son ciertamente, como uvas, más o menos grandes y dorados según la altura, el abonos, los cuidados... Pero con pinchos.

Sin poder hincar, todavía, el diente a los *bruseles* (sólo *maurecen*, por setiembre arriba), ascendemos por el desfiladero, siempre en esa dirección noroeste (a unos 300°). A veces el camino se estrecha entre las calizas de la *foz*, por lo que hay que trepar un poco, si se quieren los atajos. Queda la alternativa de la senda que ladea (por la vertiente izquierda) el obstáculo.

A medida que vamos columbrando la explanada cimera de Los Ochones, ya sólo nos quedan, por arbustos compañeros, los *nieblos*: los castellanos *enebros*, aunque en estos parajes sean enanos. Parecen *bonsáis* aquí los *nieblos*, comprimidas como están sus raíces en las grietas de las piedras. Así tienen que malvivir, al rigor de las ventiscas, y al peso de los neveros, la mayor parte del año.

Retuerto: un arroyo retorcido por la vega, al capricho de los meandros

Pasadas las últimas *cuañas* de la vaguada en *foz* sobre el regato de Los Ochones, pisamos a placer las vegas de Retuerto, estiradas, esponjosas, apacibles entre las peñas. Las vegas de Retuerto (lat. *rivu* + *tortu*, 'torcido'), nos conducen, ya rectas, hasta la misma base de las Ubiñas.

El río, escaso en caudal, ya sin neveros, se tuerce y se retuerce por la campera casi llana, cada año un poco más ondulado, hasta que vuelve a cortar derecho, uniendo los meandros. Sus tierras movedizas, blandas, delatan ya el nombre del Puerto las Rubias, un poco más arriba: tierras amarillentas, enrojecidas, *roxas*.

Como si nos fueran marcando el camino, la pareja de alimoches merodea ahora sobre los pedreros de Peña Ubiña. En una de sus fincas, pasan a pocos metros de nuestras cabezas: nunca las habíamos visto tan cerca.

Se diría que nos entendió la *palomiecha*: un pico amarillento, brillante y fuerte; cabeza y cuello con pocas plumas, más bien claros; sus alas blancas contrastan con los bordes a modo de orlas negras.

Mientras seguimos por la campera, nos preguntamos por qué los científicos sólo se fijaron en lo negro del alimoches (*Neophron percnopterus*); mientras los lugareños, precisamente, en todo lo contrario: en lo blanco de la *palomiecha*. Los dos tendrían sus razones.

La Fuente la Gorgochosa: el agua que fay gorgochos a flor de tierra

Justo a la altura del *refugio los pastores*, a la derecha del ragato subiendo, nos refrescamos en La Fuente la Gorgochosa (*Borbochosa*, *Forvochosa*..., según quien interprete). En cualquier caso, el gorgoteo del manantial, en épocas de abundancia, explica el nombre: un

pequeño caudal siempre frío, que brota *faciendo gorgochos* —precisan expresivamente los vaqueros—.

Entre *palombiechas* y *gorgochos*, son casi las once. Dejamos que siga a la derecha (al norte) la senda a Terreros y al Meicín. Nosotros arrimamos hoy por la vertiente izquierda, un poco más al oeste, hacia el alto del Ronzón. Un par de montañeros ascienden, en cambio, por La Senda las Merinas (lado derecho de la peña, sobre la alambreira): esta subida es más rápida, pero de más cuidados también.

En poco más de media hora, estamos en El Alto Ronzón, dando vista a Candemuella. Comienza a pegar el sol del mediodía, cuando los ganados se dispersan por los *cantos* en loma, cada uno y cada una orientando la cabeza todo lo que puede al norte.

Los pueblos leoneses, desde las sendas de Ubiña

Giramos a la derecha buscando la falda de Ubiña (la mayor). Con más pausas que prisas, afrontamos la cara buena de la peña (unos 330° al noroeste, ahora).

Cada uno y cada una va buscando su pulso y su medida con la pendiente al rigor del mediodía: algunos y algunas prefieren la senda que se desvía a la derecha, para volver luego más arriba en travesera; otros nos pegamos desde el principio al sendero que sigue parejo a las calizas (más cuesto, pero más corto).

Entre los primeros riscos que dan vista a los vecinos pueblos

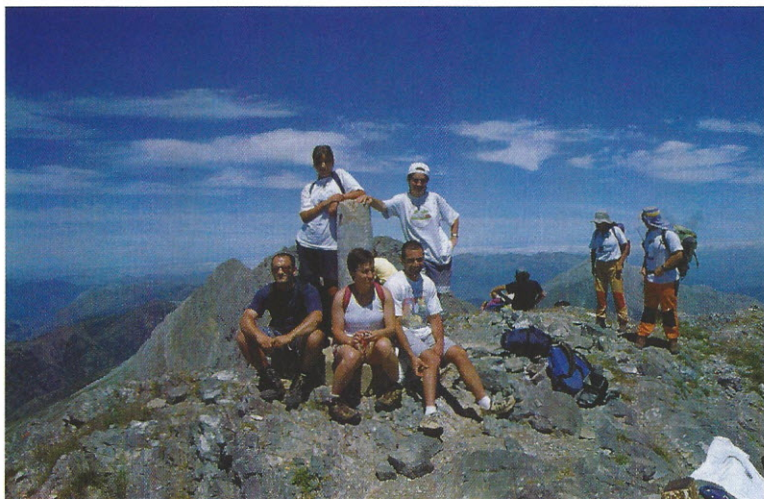
leoneses (también unidos a los leoneses por las Ubiñas), hacemos un alto para asomarnos a las simas de la peña. A la izquierda, Pinos, Candemuela, San Emiliano, Villargusán (allí mismo debajo), La Majúa...

Algo más lejos, el pantano de Luna, los altos de Poladura, Rabanal... Más al oeste, Babia, Chaciana... Y al este, fundidos entre los campos y las brumas, Los Picos d'Europa, El Espigüetu, El Picu Murcia y Curavacas de Palencia. Al sur, las tierras de Zamora...

Exagera, sin duda ya, la copla tan facilona, tal vez, como forzada, que dice:

*“Desde el picu Peña Ubiña,
con antiojos de larga vista,
se ve La Mancha y Sevilla”*

Por supuesto, que no las vimos nosotros con nuestros prismáticos, aunque la ocurrencia tiene gracia,



Nel Picu Peña Ubiña, un gran día de sol

tal vez en boca de antiguos pastores venidos de aquellas tierras.

Y, cuanto más arriba, más ligeros por la pena

Se va notando la altura en Peña Ubiña, a medida que *arrepegamos* ligeros entre las pequeñas gargantas a modo de *gavias* que va dibujando el camino por lo mejor de lo malo (o de lo menos malo): se diría que, a medida que suben las agujas del altímetro, nos pesan menos las mochilas y las rodillas.

Pisamos con cautela las calizas dispersas por el sendero, tantas veces trituradas al ritmo de montañeros y montañeras dispuestos a medirse, en cada subida a Ubiña, siempre con la misma *pena*. Pero para sentir la peña, no hay que marcarse tiempos.

Una vez en la línea cimera de Penubina (como dicen, también, en los pueblos leoneses), crestea-

mos en dirección norte, primero por la cara este; luego por el oeste, y, al fin, por la cima, para terminar en los exiguos rellanos del buzón.

Un par de *utres* (“buitres”), planeando hoy bajo nuestros mismos pasos

A medida que nos acercamos al punto geodésico de Ubiña, caminamos sigilosos por si no se espantaran un par de *utres* que merodean a nuestra altura, bien cerca: frente a nuestros mismos pasos.

Se trata de un par de buitres (*Gyps fulvus*), que dan vueltas sobre los riscos más arrespiguados entre Los Fontanes y la cara leonesa de la peña. Nunca los habíamos contemplado de tan cerca, incluso volando bajo nosotros (lo que son las paragojas).

Nos dieron tiempo bastante para contemplarlos (fueron hasta generosos): pardos, con la cabeza y el *escargueto* sin plumas (*esgargueto* –en el decir de estos pueblos), de cola y extremos casi negros, con un par de metros de alas y varios kilos –calculamos– de peso.

Parecen estos buitres ya entrados en años, pues son de tonos intensos, y vuelan muy pausados, sin importarles nuestra presencia (pues seguro que ya nos divisaron, claro).

El par de *utres*, a los que luego se une un tercero que se levantó entre las breñas de Puerta de Arco, se alejan poco a poco por la cara oeste de la peña en dirección a Candemuela: unos minutos más

tarde los vemos reaparecer sobre Ubiña la Pequeña. Por una vez, anduvimos sobre las mismas *utres*.

Un homenaje en silencio a los nombres de las placas, fundidos para siempre con la altura

Estamos a 10 de julio, son las 11 por el sol (que todavía se dice en los pueblos), y aunque hace un día veraniego, en Ubiña, la brisa sigue soplando fresca.

Realizamos una lectura silenciosa de unos cuantos nombres escritos en aquellas placas, fundidos ya para siempre con el silencio de la altura: cada uno y cada una tiene allí su historia tallada en los abismos de la peña –nos explicaba un experto montañero, buen conocedor de las implacables leyes de estas calizas.

Y, tras la lectura de las placas, colgamos la vista en silencio, entre riscos tan justicieros a estos dos mil y pico metros. Ya bajo la peña, por la vertiente leonesa, justo a nuestros pies, Torrebarrio (de Arriba y de Abajo), Cübiechas, Xenestosa...; un poco más allá, Huergas de Babia, Cabrillanes, Quintanilla, Cospedal, Río Lago, altos de Piedrafita y Torrestío, El Puerto Ventana...

Y bajo Ubiña, los ecos de unos romances llegados con los pastores extremeños

A lo lejos –según los más expertos– se atisban las tierras de

Salamanca, y las siluetas de las lejanías extremeñas. No nos extraña la distancia, sabida la relación, tiempo atrás, entre los pastores salmantinos y extremeños con los vaqueros lenenses (ahí quedan algunos romances de tradición oral, recogidos de antiguas vaqueras en estos pueblos¹⁴).

Ya en la improvisada sobremesa entre *morrillos* al cobijo de la brisa, dejamos nadar la vista en el pantano de Luna, en homenaje a la feria de San Pedro (el 29 de junio), en aquel poblado, ahora anegado bajo las aguas del pantano.

El recuerdo del pueblo y de la feria de San Pedro sigue vivo a ambos lados de la peña: allí acudían los vecinos y vecinas del Güerna, tras varias horas de caballería (o andando), para vender sus productos, o para cambiar al *trueque* (*xugos, madreñas, guiás, garabatos...*), por lentejas, garbanzos, pedretes...

Y tras la feria de San Pedro, la de San Emiliano por San Miguel (el 29 de setiembre).

Desde Ubiña, hasta la orilla del mar

Perdida la vista en La Meseta Castellana, cambiamos de ladera. Nos asomamos, por ejemplo, a los últimos neveros veraniegos de Los Fontanes (de donde, tal vez, el nombre con el deshielo de los trabes).

Se citan con cierto respeto estos últimos reductos de la nieve en los

altos de Güerna: a ellos acudían los vaqueros en verano, cuando una persona se ponía enferma con fiebres altas, enfermedades graves, partos... Y, con la nieve entre *felechu*, acudían con el remedio, por si servía al enfermo.

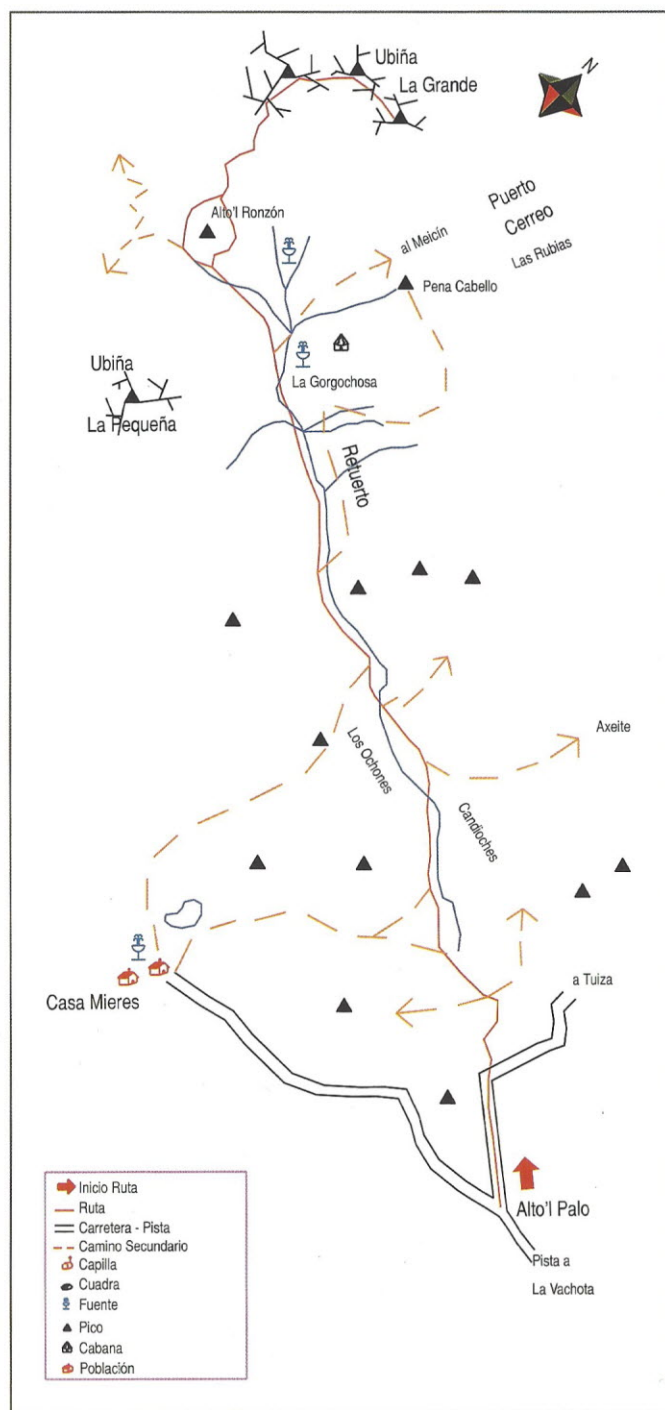
Una vez más, no pudimos entender la vista al mar: ni con prismáticos ni sin ellos. Una capa de brumas y *nublinas*, tendida desde la media ladera hasta casi las coronas de los picos, nos impidió, una vez más, atisbar siquiera ese color entre grisáceo y azulado, que suele ofrecer el mar visto en privilegio desde las peñas (se ve, con menos problemas, la nieve de Peña Ubiña desde las costas de Xixón).

Caminando también sobre el vuelo de las garayas (las chovas)

Iniciamos el regreso de Penubina, cresteando ahora hacia el suroeste (a unos 200°). Al final de la peña, giramos al surdeste (a unos 140°), para desandar la senda de piedra, peña abajo.

Un par de montañeros –tal vez los que vimos subir por La Senda las Merinas–, descienden, en cambio, por Los Pedreros (centro de la peña): la bajada es más rápida, pero exige más cuidados. Se les ve descender sueltos, con la seguridad del que domina la peña.

A medida que vamos dejando la cresta, contemplamos unas cuantas *glayas*, o *garayas*, las *chovas del picu mariechu* (*Pyrrhocorus graculus*), que siguen alborotando



¹⁴ Ver "Romances en Lena", en *Andecha lenense* n° 1, pp. 113-22.



Un homenaje en silencio a los montañeros y montañeras de aquellas placas

más fonderas. Se diría que somos ahora nosotros los que volamos sobre las *chovas*.

Un refresco en La Fuente'l Pastor: pensando si cada vez que subimos quedará un poco menos *pindia* la peña

En pocos minutos nos estiramos en torno a la fuente bajo *el pedre-ru* que limita con Terreros: La Fuente'l Pastor (justo sobre el canal que desciende a La Fuente la Gorgochosa).

Tendidos junto al manantial (para saborearlo de cuando en cuando), apuramos las horas de la tarde acompañadas por los *glayíos de las chovas*. La misma vista de la peña nos parece ahora un poco menos arisca y lejana: pensamos si será verdad aquello de que cada vez que uno sube a Ubiña queda un poco menos *pindia* la *pena*.

A eso de las 5, con la niebla del nordeste merodeando ya por los picachos de Cerreo, retomamos la senda por Retuerto abajo hacia Candioches. Y con la *nublina ciega*, pasamos ya por Los Ochones, sin desviarnos un palmo del cauce del arroyo semisecco.

Siempre en dirección surdeste (unos 130° ahora), seguimos por la derecha del regato, ya casi seco del todo hasta el final de Candioches. Justo donde acaba el regato, confundido con las última charcas de la campera, en la misma dirección surdeste, abrimos y cerramos la *canciecha* de La Viguichina.

Buscamos rectos la senda del Picón, y bajamos a la carretera. Con la niebla ciega, de nuevo El Alto'l Palo.

36. EL PICU CERREO: PENA CABELLO, ENTRE LOS VAQUEROS

- **LUGAR Y HORA DE SALIDA:** Tuíza Riba, sobre las 10 de la mañana.
- **LUGAR Y HORA DE LLEGADA:** Tuíza Riba, sobre las 5 de la tarde (se hace en mucho menos tiempo).
- **PARAJES DE INTERÉS:** Braña Chuenga, El Chegu'l Meicín, Las Corrás, La Fuente las Fanas (nacimiento del río Güerna y del Lena, según los tuizanos), Alto Terreros, Pena Cabello, Las Rubias, las cabanas del Meicín.
- **NIVEL DE DIFICULTAD:** medio (sin niebla, no hay más dificultades que algunas pendientes en torno a los riscos del Picu Cerreo).
- **ÉPOCA RECOMENDADA:** verano pleno, con los días grandes, y algún vaquero en las cabanas con el que compartir su saber de la braña.
- **TIEMPOS:** ruta corta (se hace bien en 4-5 horas).

• DESCRIPCIÓN DE LA RUTA

Salimos de Tuíza Riba por cualquiera de las *caleyas* que conducen, *chugar arriba*, hacia el amplio camino del Meicín. Abajo vamos dejando las casas del poblado, apostadas al cobijo de las Las Guarizas, y al resguardo de las aguas del río La Pontona.

En pocos minutos (unos veinte), por el camino abierto entre los *derribaeros* del Sañeo y las *guarizas* prendidas de las mismas peñas, damos en El Cancechón: portilla que abre y cierra el paso entre los pastos del Meicín y las parcelas, antes segadas, de Las Guarizas (*boyerizas*, *buerizas*, *bueirizas* en realidad, por aquello de los *gües*).

Cerradas las portillas como estaban, seguimos el camino más ancho, entre El Vache las Arrobas (a la izquierda), y la vertiente que asciende más *pindia* por Los Cantos hacia Los *Camisos* (a la derecha): los rellanos altos donde 'en-

camán' los ganados en las tormentas y días de temporal (lat. hispánico **cama**, 'yacija, lecho en el suelo').

Pronto salimos del estrechamiento del valle de Las Arrobas y columbramos, en contraste, las primeras vegas de Braña Chuenga: campera lisa y larga, que el nombre se encargó de *asoleyar*. Un poco más arriba, tras La Boquera (*bocarón* cimero de la explanada), se abre, finalmente, el amplio panorama de peñas y praderas que forman el contorno del Meicín (del antropónimo hispánico **Micini**, tal vez héroe o poseedor de aquella vaguada).

Repletas las cantimploras en la fuente del Refugio, seguimos la senda a la izquierda, bajo los pedreros de Los Gabuxeos (planta de las *gabuxas*, *Arrostaphylos uva-ursi*), directos a Terreros. A la derecha vamos dejando las aparentemente estancadas aguas del Chegu, a la falda misma de las ro-

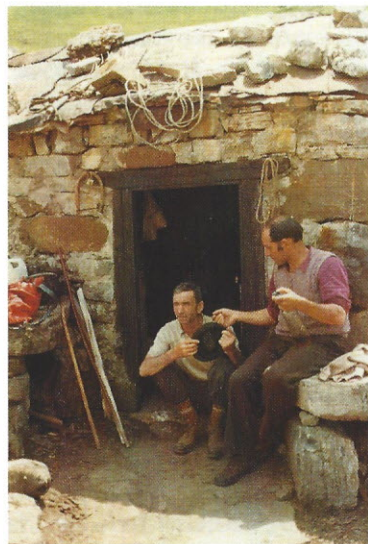
cas que terminan en la cima de Ubiña la mayor.

La vegaambre: una planta al borde del arroyo y del olvido; pero para tratar con cuidado

Por la vega del Meicín arriba, ya camino de Terreros, buscamos la casi olvidada planta de la *vegaambre*, que nos habían indicado los vaqueros. Pronto damos con ella sobre el mismo cauce del arroyo: de tallo grueso, hojas anchas, nervadas, flores blanquecinas o amarillas, en racimos.

La vegaambre ye planta paicia a la xanzina, verde, fuerte..., que nunca comen las vacas –nos definen en Tuíza (*Veratrum album* L. –como sabremos luego).

Atentos ante la planta, nos cuidamos de tocarla, recordando el



Los *brañeros* de Teyeo y Traslacruz: El Cheu la Vachota

dicho en estos pueblos: “*Ye más mala que la vegaambre*” (nos conformamos, de nuevo, con las fotos).

Y la frase tiene su fundamento, pues los efectos de la *vegaambre* pueden ser muy tóxicos en poco tiempo: contiene unos alcaloides (*germerina, jervina...*) que, en pequeñas dosis, son veneno puro. La simple inhalación ocasional del polen de la flor provoca fuertes convulsiones.

No obstante, como otras plantas, sabiamente dosificada, *la vegaambre* puede actuar como remedio para algunos males. Por ejemplo, desinfectar y cicatrizar heridas, quitar la sarna a los animales, veneno para los ratones...

Recordamos cómo terminaba sintetizando su peligro un *allerán* en los puertos de Vegará: “*pero que nun te toque las manos; y el pote en que se cueza, hay que tiralu: ya nun se pue usar pa na más*”. Debe ser fuerte la planta, para que la respeten tanto los lugareños.

Nos vamos satisfechos con las fotos de una planta casi perdida hasta en el nombre en estos pueblos: por lo que dicen los alleros (y nos lo confirman en Tuíza), a muchos debió servir para bastante, en días sin farmacias.

Desde La Fuente las Fanas, hasta que se pierden el río Güerna, el Lena y el Nalón entre las marismas de Pravia

Retomamos cualquiera de las sendas que serpentean por la cam-

pera hacia el alto Terreros. Ya casi arriba, nos desviamos a la derecha siguiendo el curso del regato que nos lleva a La Fuente las Fanas: el nacimiento del Güerna y, en consecuencia, del río Lena (fuente más alta del concejo, según los tuizanos).

Durante un buen rato, saboreamos las aguas de Las Fanas, antes de que se pierdan todas en el Nalón *camín del mar*: sería una pena. Pensamos que estas mismas aguas, nacidas en las entrañas de Ubiña, han de ser otras a su paso por La Pola, Mieres, Soto Ribera, Grao, por Pravia..., fundidas con las aguas del Narcea y del Nalón, y confundidas con el mar al salir de San Esteban.

Llenamos a rebosar las cantimploras en Las Fanas, y bebemos hasta sin gana, haciendo caso del dicho:

“En el monte, beber antes de tener sed, y comer antes de tener hambre”

A pesar del mediodía soleado, sopla como acostumbra, la brisa norte en los alambres de la estacera de Terreros. Por eso, vamos mirando ya la cumbre de Cerreo, para no enfriar del todo. Buscamos con la vista la senda que se eleva en dirección surdeste (unos 120°) por la carba pelada.

Los primeros *jitos*, siempre recompuestos y a punto por algunos montañeros, nos avisan de la forma más liviana de subir. En ocasiones, no obstante, dejamos, la senda para atajar *carba* através,

evitando los zigzag de la subida en día tan soleado, sin asomos de *nublina*.

Algunos manojos florecidos entre los casquetes oxidados que sembró el 36 en los altos de Cerreo (Pena Cabello, por respetar a los lugareños)

Sin perder de vista esos 120° que llevamos, en poco más de media hora, salimos al *picu* Pena Cabello, entre los *pareones* y *parapeetos* que en el año 36 inundaron, de bombas y de bombazos (*en sin comelo nin bebelo* –recuerdan unos vaqueros), parajes tan silenciosos y bucólicos.

Recorremos, en procesión y cabizbajos aquellas, aquellas zanjas del hambre y de la muerte: oquedades hundidas, restos de metralla descuartizada entre las rocas, cercos interrumpidos por montones abultados como tumbas, en los que destacan algunas yerbas y *gorbizas*, tal vez, florecidas a modo de coronas espontáneas, y cada verano renovadas en recuerdo de cualquier mozo, que nunca llegó a saber del todo a cuenta de qué bando estaba.

Y cabizbajos, con algunas palabras esparcidas por la cumbre de Cerreo (nunca Cerreos, como deforman algunos mapas), entre los tristes ramilletes florecidos sin tiestos cada año, comenzamos a desfilar por la cara suroeste de la peña (unos 210°).

Descendemos sin problemas por el canalizo mayor, hacia los

rellanos más fonderos de la *pena* (y de la pena). Abajo, a nuestra derecha, van quedando las pendientes que se descuelgan hasta las corraladas y lavajos (*los chaguetes*) de Retuerto. Contemplamos bien, ahora, los caprichos y meandros del nombre retorcido por las vegas.

Poco a poco vamos girando hacia la cara más bien surdeste de la peña. Por fin, ya en suelo llano (La Chomba Cerreo), recorremos la extensa campera que se prolonga hacia el este, recortada a ambos lados por taludes verticales.

Donde *mirian* los ganados, buscando también ellos la brisa del mar

En amena charla con Ramón, vaquero de Tablao, otra página aprendemos de la braña: estratégicamente situados en algunos puntos de Pena Cabello, justo al nor-

te, percibimos la brisa más fresca de *la marina* –como aquí se dice– en pleno verano.

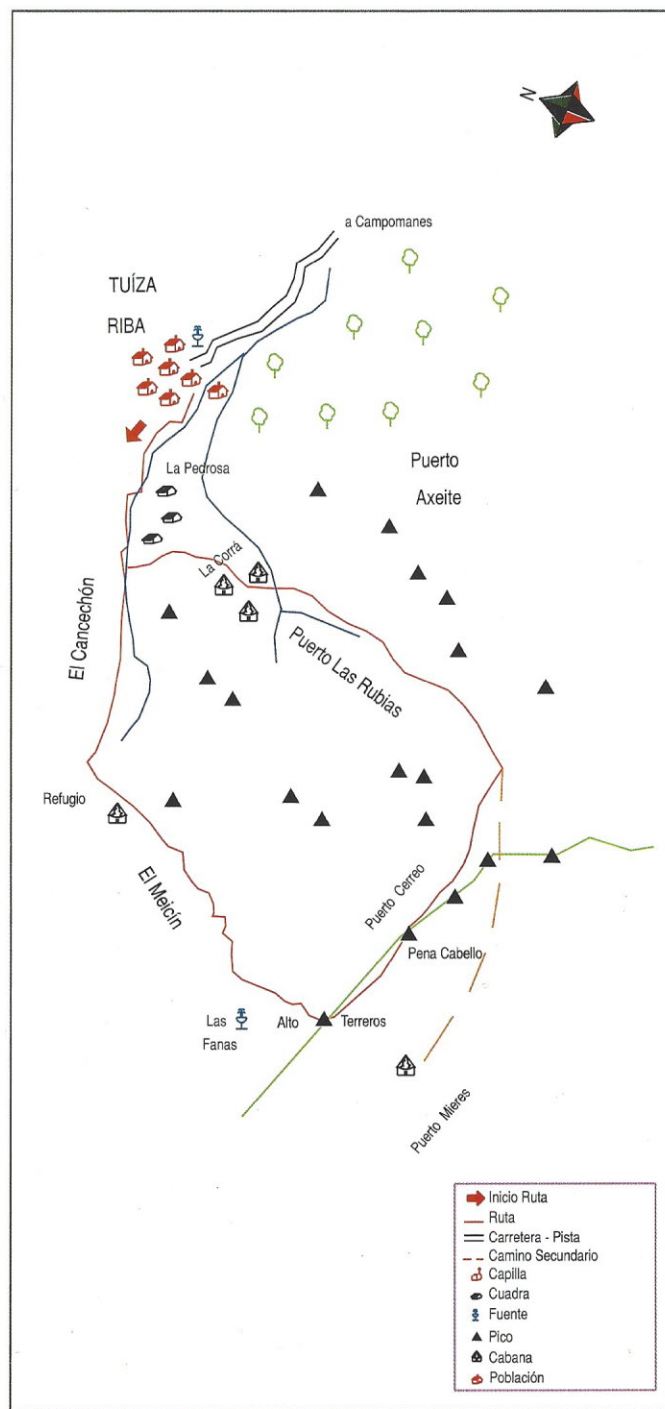
Y la prueba es evidente: sobre un rellano entre riscos a la falda de Pena Cabello por su cara norte, se apiñan unos cuantos ganados que se disputan la plaza en los días calurosos como hoy.

Incluso –explica Ramón– hay días muy calurosos en el puerto, en los que hace tanto frío en el *miriaeru*, que las vacas se arrespigan *arizás* bajo la peña. Pero no se mueven un palmo de su plaza acotada hasta la tarde. Prefieren el frescor del mar desde los altos de la braña.

Nos acercamos al improvisado aseladero estival de Pena Cabello (nombre tal vez motivado por la planta, *Cuscuta epityimum* L) y, ciertamente, conectamos por la vista con la bruma de las olas: una especie de canalón se abre a través del Quentu'l Visu, Bovias, Cha-



Un *madrileño* entusiasmáu en La Vega'l Meicín: Pepe





El Alto Cerreo, bajo Pena Cabello –en el decir de los vaqueros

go..., por el que entra en directo el chorro de *la marina*.

Y con las brisas de Xixón entre los dientes, parece que se esponjan las camperas bajo las chirucas. Con algunos merodeos de cantizal en cantizal, descendemos un poco a La Fuente La Forquetona (bajo los pedreros de la peña por esta cara norte), y rellenamos las cantimploras: con un par de sorbos se congelan hasta las ideas entre los dientes.

Los tonos de Las Rubias en los senderos, en los *argaxos*, en las *tayas*...

Refrescados en cuerpo y ánimos, cambiamos a la cara sur de las camperas (puerto Mieres). Descendemos a Las Rubias por el canalón más fácil que usan los ganados, justo al sur, y frente a la

alambarrera que separa los pastos con Lena.

Nos unimos a la senda que procede horizontal de la *cabana los pastores* sobre la fuente la Gorgochosa. Cruzamos la alambrada a la izquierda, y, a pocos metros del arroyo semiseco, nos estiramos un buen rato junto a la fuente-abrevadero de Las Rubias (que también lo lleva el nombre en los senderos oxidados, y en el color rojizo de algunas rocas, *tayas*, *argaxos*...).

A las *cabanas* del Meicín

La senda continúa en el puerto Las Rubias bien definida a la izquierda (unos 50⁰ nordeste), por los pedregosos pastizales sobre aquellos suelos rojizos (oligisto, hierro...), que dieron nombre a la braña. De cuando en cuando, nos

asomamos a los acantilados rocosos de Axeite (a nuestra derecha) para contemplar los pueblos del Güerna, y los montes de Asturias hasta el Cantábrico.

Ya al final de la pradera (al noroeste), casi a la falda de los pedreros descuajados de Cerreo, divisamos otra vez El Meicín: justo a nuestros pies, casi al fondo de la vaguada, como protegidas por los roquedos, se esconden las cabañas (como casi siempre, en los suelos peores de la braña).

Desde el alto de Las Rubias, tomamos la senda marcada por el

ganado, que zigzaguea abajo, una vez más, por lo menos malo. Y con paciencia, sin prisas entre tanta curva y tanta piedra, vamos divinando ya las *cabanas* del Meicín.

De nuevo entre los *puyos* con los vaqueros, aclaramos los detalles de la gira alrededor de Pena Cabello y de Cerreo, *tracamundios* en los mapas. La senda nos lleva a Tuíza, justo a la izquierda del *prao* La Corrá, siguiendo la línea del *pareón* a nuestros pies. Otra media hora hasta el poblado.



Los bruseles, bien sabrosos de *mairos* (y, sobre todo, tiempo atrás)